

de los artistas en la liberación de la nación de las fuerzas retrógradas —machistas, para el caso de Débora, la más rebelde en el fuego cruzado de los hombres.

Débora tuvo que distanciarse de su maestro Pedro Nel para pintar con libertad sus desnudos, aunque no salió ilesa del castigo que le tenía Medellín a su mujer más revolucionaria, que vestía de pantalón, montaba a caballo y nunca se casó. En su primera exposición en la ciudad, en 1939, las Damas de la Liga de la Decencia boicotearon la muestra, porque sus desnudos eran “inmorales”, “perversos” y “pornográficos”.

La muerte de Tomás Carrasquilla, el 19 de diciembre de 1940, marcó la parte final de la primera mitad del siglo XX cultural de Medellín. Mientras el mundo retrocedía al pasado con la Segunda Guerra Mundial, Medellín había conseguido con éxito darle una forma urbana a sus ambiciones de futuro y se sentía orgullosa de lo que había conseguido.

La muerte de Gardel en su suelo la había puesto en los ojos del mundo y la complacencia autocelebratoria se asentaba en su carácter a punta de palmaditas en el hombro de propios y extraños. El contradique cultural esta vez tardó en llegar, y no se manifestó con fuerza hasta la aparición del nadaísmo a finales de los cincuenta.

La máquina industrial textil iba a toda marcha y sus ganancias daban de sobra como para que sus telas abrigaran nuevas empresas culturales y cubrieran el agrandado talle que la ciudad se aprestaba a conseguir.

El capital desbordado, que ya no podía ser contenido en las estrechas calles del momento, requería una nueva palabra que ampliara sus límites y enriqueciera el habla popular, que entendió a cabalidad lo que estaba pasando: “Ensanche”.

La SMP impulsó la ampliación de la carrera Junín, que se convirtió en una especie de Milla de Oro de la época, y se inició la cobertura de la quebrada Santa Elena, que habían sido el eje del crecimiento del centro de la urbe.

En 1942, Rodrigo Arenas Betancourt trabó amistad con un

grupo de estudiantes conservadores en política, pero de mente abierta para las artes, que recientemente habían fundado el suplemento literario de *El Colombiano*. Eran Miguel Arbeláez, Otto Morales Benítez, Hernán Merino, Belisario Betancourt y Alberto Durán Laserna.

En el suplemento GENERACIÓN, con el seudónimo común de PRAB, que significaba Para Rodrigo Arenas Betancourt, publicaron notas cuya remuneración estaba destinada a patrocinar su carrera de escultor en México, donde ingresó con honores al patrimonio cultural mexicano y latinoamericano, con obras monumentales, como su *Prometeo* de siete metros en la Universidad Autónoma de México y su aún más grande *Homenaje a Cuauhtémoc y la patria*, en el Palacio de Comunicaciones.

A principios de los cincuenta, Medellín contaba con más de cuatrocientas industrias y una población obrera de más de 25.000 trabajadores. Muy lejos estaban los tiempos de cuando comenzamos esta historia con un puñado de empresas, y la ciudad necesitaba un nuevo traje.

La exhibición pública de flores tenía reminiscencias bien ancladas en la tradición cultural país, por lo menos desde 1912, cuando las damas del cuadro de honor de la SMP promovieron las “Fiestas de Juegos Florales”, y en 1917 realizaron una “Feria de las Flores”, que no se convertiría en verdadera fiesta popular hasta finales de los años cincuenta.

Medellín recuperó al sillettero de Santa Elena, se estampó el vestido con sus flores y salió a desfilarse oficialmente a finales de abril de 1957, en la que se conoce como la primera Feria de las Flores. Ese gusto florido la unía con su pasado rural de una forma aromatizada, que es la forma más poderosa del recuerdo. El hacha de mis mayores y el montañero altivo volvieron a florecer con forma de silleta terciada a la espalda.

En esa ciudad irrumpió con fuerza Gonzalo Arango y su propuesta nadaísta de no dejar “ídolo con cabeza”, que adelantó la llegada de la revolución hippie de los años sesenta. Arango era contemporáneo de otro artista que tendría una enorme repercusión en el imaginario y en la imagen que ya Medellín proyectaba al mundo, Fernando Botero.

A finales de esos años cincuenta, cuando ya era un pintor reconocido en Colombia, que había expuesto en Estados Unidos y Brasil, ganador del XI Salón Anual de Artistas Co-

El capital desbordado, que ya no podía ser contenido en las estrechas calles del momento, requería una nueva palabra que ampliara sus límites y enriqueciera el habla popular, que entendió a cabalidad lo que estaba pasando: “Ensanche”.

1980-2000: El rumbo extraviado: ¿dónde está el futuro?

En 1983 la pianista Teresita Gómez grabó el disco *Teresita Gómez a Colombia*, con obras de compositores nacionales, entre ellos Luis A. Calvo. La de Gómez es una historia de talento y superación.

El Acuerdo Municipal 36 de 1982 Esculturas públicas obligó a los constructores a dotar los edificios de una expresión plástica o patrimonial. La norma rigió hasta 1991 y estimuló el arte urbanístico.

Se publicaron los cinco tomos de *El río del tiempo*, de Fernando Vallejo. La impresión comenzó en 1985 con *Los días azules* y concluyó en 1993 con *Entre fantasmas*. Con esta empresa literaria, Vallejo se consolidó como uno de los escritores más importantes de Colombia



lombianos (1958), pintó el mural *Paisaje con jinete* en el *hall* del recién inaugurado edificio del Banco Central Hipotecario y dejó su primera marca en el cuerpo de la ciudad.

Con su nuevo traje estampado, Medellín siguió creciendo en altura en su centro y expandiéndose por el valle. La ciudad tenía ya un amplio desarrollo universitario y cultural, pero carecía de una biblioteca pública. La Unesco escogió a Medellín para implantar un proyecto piloto en América Latina de biblioteca pública y la SMP aportó el local, la dotación inicial y la construcción de un edificio de 4.500 metros cuadrados en Otrabanda. En septiembre de 1955, *El Colombiano* informó a la comunidad medellinense sobre la construcción de “un edificio de un millón de pesos” para la BPP. Ese año se inauguró la sala de arte en la sede original de la Piloto en la avenida La Playa, con la “Exposición Colectiva de Pintores Antioqueños”, con veintidós cuadros de artistas como Eladio Vélez, Horacio Longas y Luis Vieco.

La guerra nuestra

En los sesentas, la ciudad cerró un pacto de facto entre los empresarios sastres y el mundo de la cultura, que reinó imbatible hasta bien entrados los años setentas, cuando la crisis económica rasgó el traje de gala y el triunfo global del consumo de drogas ilícitas arrastró a Medellín a una guerra que la dejó malherida y con el imaginario embolatado.

La película *Rodrigo D. No futuro*, de Víctor Gaviria, seguidor del realismo de Carrasquilla, dejó testimonio de ese momento. Alonso Salazar, en una tradición de cronistas con mirada etnográfica, intentó explicarlo en su libro *No nacimos pa' semilla*, y Juan José Hoyos ahondó en las implicaciones íntimas que el torbellino de la droga trajo a su generación en la novela *El cielo que perdimos*.

La “cultura del narcotráfico” se convirtió en la fuerza negativa que amenazaba el progreso. Cuando parecía derrotada, estigmatizada ante el mundo, la fortaleza de sus movimientos culturales, que no dejaron de insistir en formas no violentas de subsistencia; la poesía, que se hizo masiva; la emergencia de una resistencia juvenil vinculada a géneros musicales como el rock, el punk y el rap; y un renovado liderazgo social le permitieron resurgir y sacar a flote

una nueva característica de su identidad, a la que bautizaron “resiliencia”, una de las formas del cambio.

La Sociedad de Mejoras Públicas perdió su protagonismo y el futuro de la ciudad quedó en manos de sus ciudadanos, que se apropiaron de una red de bibliotecas-parque que creció en sus barrios, hicieron fiesta y picnic con los libros en el Jardín Botánico, se expresaron en Altavoz y pusieron las paredes a hablar con aerosoles. En el nuevo lenguaje popular, que surgió como adaptación a la guerra contra las drogas, la palabra “chimba” señaló la recuperación.

En esa puja constante por “sacar a Medellín adelante”, los artistas y creadores muchas veces se han sentido incómodos con su legado. ¿Qué hacer con él?, ¿hacia dónde conducirlo?

La homosexualidad de Carrasquilla, siempre comentada entre susurros, da cuenta de la extrañeza de su obra, de su ambigüedad, de su condición de bisagra entre lo que sus coterráneos querían o podían ser y lo que aparentaban. La misma extrañeza de la Marquesa de Yolombó de Vallejo y su fuego secreto. No es poca cosa que los narradores más importantes de Antioquia hayan decidido construir su obra desde el lenguaje hablado, mirando las costumbres de los hombres que viven entre montañas. Los dos, a su manera, lo cambiaron todo.

{ Ese gusto florido la unía con su pasado rural de una forma aromatizada, que es la forma más poderosa del recuerdo.

Este trabajo tiene una versión ampliada en la web, con una línea de tiempo con más detalles y una historia que contaremos por entregas, como en los viejos tiempos de los suplementos culturales.

2000 a 2021: Recobrar el rumbo hasta enfermar



Se estrenó en mayo de 1990 el primer largometraje de Víctor Gaviria, *Rodrigo D. No Futuro*, con la actuación protagónica de Ramiro Meneses. Gaviria es el cineasta más reconocido de la historia antioqueña.



En 2001 se inauguró la Plaza Botero con 23 piezas de Fernando Botero. El sitio es uno de los más visitados. El maestro Botero publicó sus primeros trabajos en los años 40, en *El Colombiano*.

En 2007 se creó la Fiesta del libro y la Cultura y, además, el sistema de bibliotecas públicas de Medellín. La ciudad se transformó en un completo ecosistema literario.



Los mediados y los finales de los ochenta el rock ocupa el escenario musical de la ciudad. Surgen I.R.A (1985), Ekhymsis (1987), Masacre (1988) y Bajo tierra (1989).

Las mujeres tomaron el relevo en la industria del cine. Una lista corta: *Carta a una sombra* (2015), de Daniela Abad; *Matar a Jesús* (2018), de Laura Mora, y *Los días de la ballena*, de Catalina Arroyave.